
CUADERNOS CANELA

**Actas del XV Congreso
de Literatura, Historia-
Pensamiento y Metodología**

**CONFEDERACIÓN ACADÉMICA
NIPÓN-ESPAÑOL-LATINOAMERICANA**

2003

Vol. XV

LA LOCURA DE DON QUIJOTE Y LA SENSATEZ DE SANCHO PANZA

Ignacio ARELLANO

Don Quijote, grandísimo loco

Al comienzo de la Segunda Parte del Quijote llega a noticia del ingenioso hidalgo la fama que están alcanzando sus aventuras, que corren por ahí en un libro que los niños manosean, los mozos leen, los hombres entienden y los viejos celebran... Interesado por los comentarios de la gente don Quijote pregunta a Sancho:

dime, Sancho amigo: ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballescra?

Con la condición de que don Quijote no se enoje, Sancho responde :

Pues lo primero que digo es que el vulgo tiene a vuestra merced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que, no conteniéndose vuestra merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto don y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y otro adelante...

Grandísimo loco, dice la gente que es don Quijote, y un mentecato Sancho Panza. Y ciertamente que este hidalgo manchego es un caballero andante ridículo y que no hace nada a derechas. El mismo Sancho, que lo conoce bien, lo considera un loco; bachilleres y canónigos, caballeros y Duques, cabreros y cuadrilleros de la Santa Hermandad, venteros y porquerizos conocen la locura de don Quijote en cuanto lo ven, con su extraña y triste figura, y en cuanto le oyen todas aquellas intrincadas razones de una caballería arcaica y fuera del mundo y de la sociedad en la que vive. ¿Qué pueden pensar las mozas del partido que halla en la puerta de la venta cuando a ellas se dirige con caballeriles retóricas que no entienden?

No fuyan las vuestras mercedes ni teman desaguisado alguno; ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran...

¿Quién si no un loco podría confundir a estas prostitutas nómadas y de ínfima categoría con altas doncellas, cosa, dice el narrador, tan fuera de su profesión, que les desata la risa?

La locura caballescra

El puntual narrador de la historia ha explicado desde el comienzo cómo se produce la

locura del caballero, pero deja al lector que saque su propio juicio sobre los límites y las funciones de la misma. Conocemos, pues, la fuente de la locura: podemos reflexionar sobre sus dimensiones y objetivos profundos.

Es bien sabido que don Quijote se vuelve loco a fuerza de leer disparatados libros de caballerías, repletos de fantásticas aventuras de Amadis, Palmerines y Olivantes, vencedores de gigantes y defensores de princesas, caballeros en prodigiosas monturas y víctimas de encantadores malignos: oigamos a Cide Hamete Benengeli:

él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más estraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo; y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama.

Eterno nombre y fama, pretende don Quijote. Podremos comprender mejor esta ambición si pensamos en la vida (que Cervantes no cuenta) que ha podido llevar en su lugar manchego este hidalgo pobre, de rocín flaco y olla con algo más de vaca que de carnero. Así se lo imagina Unamuno en su libro *Vida de don Quijote y Sancho*:

Era pobre y ocioso; ocioso estaba los más ratos del año. ¡Cuántas veces soñó en sus mañaneras cacerías con que su nombre se desparramara en redondo por aquellas abiertas llanuras y rodeara ciñendo a los hogares todos y resonase en la anchura de la tierra y de los siglos. En aquellos cuarenta años de su oscura vida apacentó su corazón con las hazañas y proezas de aquellos esforzados caballeros que aspiraron a la gloria. El deseo de gloria fue su resorte de acción...

Deseo de gloria, y deseo de arreglar el mundo, de deshacer injusticias y ayudar a los débiles. Mi oficio, asegura don Quijote, "no es otro sino valer a los que poco pueden, y vengar a los que reciben tuertos, y castigar alevosías".

¿Llamaremos locura a esto? Sí, claro que es locura, aunque una locura peculiar.

La percepción de la locura

En efecto, la locura quijotesca estriba en dos errores fundamentales, como ha señalado

Martín de Riquer en su edición de la novela:

1) El primero, pensar que todo lo que ha leído en sus novelas de caballerías es verdad histórica y fiel narración de sucesos reales y verídicos. Creencia que supone una incapacidad para distinguir realidad y ficción literaria, como ha subrayado el cervantista Edward Riley, provocada por el exceso de lectura y la falta de discernimiento crítico lector.

2) El segundo error de don Quijote es pensar que en su época, a principios del siglo XVII, era posible resucitar la vida caballeresca de los tiempos antiguos y mantener una serie de ideales que chocarán enseguida con las nuevas formas de vida y los nuevos sistemas de valores. La locura de don Quijote no consiste exactamente en lo que se ha llamado su idealismo, sino precisamente en el propósito de llevar a la práctica tales ideales en un mundo que ya no es el pertinente.

En resumidas cuentas lo que sucede es que don Quijote se revela incapaz de comprender la realidad inmediata en la que se mueve, que observa desde una perspectiva dislocada por su locura caballeresca. Y esto explica su constante fracaso.

Los tuerfos que endereza se quedan más tuerfos que nunca, y las injusticias que quiere reparar no hacen casi nunca otra cosa que perjudicar más a las víctimas. Entre muchos episodios recuérdese el del pastorcillo Andrés, azotado por su amo Juan Haldudo el rico, vecino de Quintanar, por cuidar mal el rebaño confiado. Ante las amenazas de don Quijote promete pagarle su salario y dejar el castigo, pero apenas desaparece el caballero vuelve Haldudo a atar al árbol al descuidado muchacho, del que se burla cumplidamente mientras multiplica los latigazos:

por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga.

Y, asiéndole del brazo, le tornó a atar a la encina, donde le dio tantos azotes, que le dejó por muerto.

-Llamad, señor Andrés, ahora decía el labrador al desfaceador de agravios, veréis cómo no desfaze aquéste; aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades.

Las victorias con las que sueña don Quijote no parecen llegar: lo único que abunda son palos y piedras que le rompen los dientes y le bruman las costillas, y la misma cosecha disfrutaban Rocinante o el fiel escudero Sancho. Pero no puede negarse, a la vez que su locura, su heroísmo: hace falta valor para salir a enfrentarse con tanto gigante como anda por esos mundos. Y no se diga que lo hace precisamente porque está loco, pues esa locura es parte de su heroísmo. No es poca la voluntad necesaria para transformar el mundo y hacer damas de las prostitutas y mozas de mesón, o para librar a los encadenados: que sean galeotes, asesinos y ladrones, poco importa a este loco de don Quijote, que se atiene al deber de socorrer al oprimido. Y si flaquea en algún momento, Sancho le asegura. Maltrecho de los golpes con que los galeotes han pagado su libertad, don Quijote se queja: "Siempre, Sancho, he oído decir que el hacer bien a villanos es echar agua al mar; pero ya está hecho; paciencia y a escarmentar para desde aquí adelante". ¿Escarmentar? ¿Es que don Quijote va a regatear su ayuda a los necesitados a menos que estudie muy bien el expediente administrativo y los informes de algún funcionario? Claro que no: "Así escarmentará vuestra merced como yo soy turco" dice

Sancho, en una frase que entusiasma a Unamuno: "¡qué bien calaste, Sancho heroico, Sancho quijotesco, que tu amo no podía escarmentar de hacer el bien y cumplir la justicia verdadera!"

Este objetivo es una constante seña de identidad del héroe cervantino, que se sobrepone a su locura, constante también hasta el desenlace.

La crítica, sin embargo, ha señalado en este sentido una importante diferencia entre la primera y segunda parte de la novela.

La locura en la primera y segunda parte

En la primera don Quijote confunde la realidad con sus lecturas: las ventas son para él castillos, el silbato del castrapuercos trompeta de plata que saluda su llegada, los molinos de viento gigantes enemigos y los rebaños de ovejas ejércitos en batalla... En esta parte Sancho representa la visión realista que advierte a su señor la locura de tales fantasías, en un evidente contraste entre la manía del uno y la sensatez del otro:

ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

-¿Qué gigantes? -dijo Sancho Panza.

-Aquellos que allí ves -respondió su amo- de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

-Mire vuestra merced -respondió Sancho- que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

La misma estructura antitética construye los episodios de la venta-castillo y de los ejércitos de ovejas. El empeño de don Quijote, enfrentándose a la realidad desde su loca fantasía, terminará siempre, como se sabe, en fracaso: los brazos de los fabulosos gigantes, que no son sino las aspas de los molinos, arrojarán al caballero y a su desdichado Rocinante por los aires, dejándolos maltrechos y apaleados, que ni menearse pueden tras la aventura. Palizas y revolcones, costillas doloridas y dientes quebrados serán los resultados de esta errada percepción de las cosas que la locura de don Quijote impone.

En la segunda parte don Quijote no ve castillos sino ventas, ni gigantes, sino molinos. Ve las cosas como son, pero eso no le hace renunciar a sus objetivos caballerescos. Ahora, curiosamente, serán los otros personajes los que se empeñen en hacer que don Quijote vea lo que no es: baste recordar el episodio en que Sancho Panza convence a su amo de que unas rústicas y groseras labradoras son Dulcinea y acompañantes, o las diversas burlas en el palacio de los Duques, en las que son estos quienes preparan las tramoyas y los escenarios precisos para que don Quijote entre en un mundo ficticio que él mismo construía en la primera parte, pero al que ahora parece refractario. Diríase que hay un proceso que va de la primera a la segunda parte en la evolución del caballero y que la realidad enemiga va

apoderándose de la ficción fantástica que le ha querido imponer: no se podrá menos que recordar la confesión implícita a la salida de la cueva de Montesinos, cuando pide a Sancho que no investigue más en lo que cuenta, y solicita ser creído en correspondencia con otras veces en que él ha aceptado explicaciones de Sancho de igual inverosimilitud: ahí parece como si don Quijote hubiera empezado el camino de su derrota. En efecto, a las incrédulas palabras de Sancho sobre los sucesos de la cueva de Montesinos:

¿Es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura? ¡Oh señor, señor, por quien Dios es, que vuestra merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito a esas vaciedades que le tienen menguado y descabalado el sentido!

Responderá don Quijote, cuando el escudero se inventa las estupendas mentiras de la excursión en Clavileño:

Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos; y no os digo más.

El camino de don Quijote es, según piensa Riley, en buena parte un camino de desengaño que desembocará en la recuperación de la cordura y en la muerte del héroe:

Su progreso gradual hacia la cordura puede incluso describirse como un lento proceso de autoeducación que, siguiendo el curso de las ideas del siglo XVII termina con la austera lección de desengaño...

Dicho de otro modo: la locura de don Quijote no es una locura de dimensión única ni se puede identificar con un desarreglo total de su cerebro. Es algo más complejo que conviene examinar.

Facetas de la locura quijotesca

En buena parte hace del hidalgo un personaje cómico, que fue precisamente la interpretación general en su tiempo. Pero conforme avanza la novela la parodia fundamental va alcanzando otras dimensiones más amplias. No hay que olvidar, en cualquier caso, que todas pueden coexistir (en tal multiplicidad radica una de las grandezas literarias del *Quijote*). Los aspectos grotescos del personaje no ocultan, como se ha dicho, su nobleza esencial: no es la menor de las ironías cervantinas el hecho de asociar la locura con la verdad y la justicia, ni tampoco la de invertir sistemáticamente los resultados perseguidos por don Quijote, cuyas hazañas salvadoras suelen acabar en el mayor perjuicio de los socorridos por su fuerte brazo o en el apaleamiento que soporta él mismo, su escudero y su rocín.

Sea como fuere la locura de don Quijote no es una simple demencia. Como explica con claridad Jean Canavaggio en su espléndido libro *Cervantes, su locura es en realidad la*

"monomanía de un espíritu demasiado sutil: un ingenioso, víctima de una imaginación perturbada; un obstinado también, que para descifrar el mundo no quiere más código que el que ha encontrado en sus novelas". Así pues, "la verdad de don Quijote no es la de un pelele desarticulado que las alas del molino envían contra el polvo". Es, en palabras del estudiante poeta hijo del caballero del verde gabán, "un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos". Don Quijote solo desatina en tocándole su manía caballeresca. A lo largo de la novela lo oímos disertar sobre múltiples temas: las armas y las letras, los modos de buen gobierno, los requisitos de la poesía y el teatro, los valores y dificultades de la traducción, la prudencia que debe regir las relaciones entre gentes y pueblos... Sus consejos son bien sensatos cuando no está enajenado por su manía: en la guerra del pueblo de los alcaldes rebuznadores con sus vecinos recomienda con tales argumentos la paz que Sancho no puede menos de exclamar admirado: " El diablo me lleve si este mi amo no es tólogo; y si no lo es, que lo parece como un güevo a otro". Y en otro lugar:

Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza a enhilar sentencias y a dar consejos, no sólo puede tomar púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas a ¿qué quieres boca? ¡Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes! Yo pensaba en mi ánima que sólo podía saber aquello que tocaba a sus caballerías, pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada.

Los consejos que endereza a Sancho cuando el escudero marcha a la ínsula Barataria para ser gobernador tampoco admiten desperdicio. Comenta el narrador a este propósito:

¿Quién oyera el razonamiento de don Quijote que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero, como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que a cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en ésta destes segundos documentos que dio a Sancho, mostró tener gran donaire, y puso su discreción y su locura en un levantado punto.

Don Quijote es pues un maniático obsesivo, más que un loco disparatado. Dentro de su locura hay una coherencia rigurosa y un objetivo vital preciso al que se ordenan sus acciones. Lejos de desvariar arbitrariamente afirma su personalidad y su visión del mundo con total decisión: "Yo sé quién soy" proclama al regreso de su primera salida. Afirmación de voluntad y de persistencia en su personalidad, que se comprende con mayor evidencia si se compara este don Quijote cervantino con el personaje de Fernández de Avellaneda, el don Quijote apócrifo, el don Quijote malo. La diferencia básica de este Quijote con el de Cervantes es la gratuidad e incoherencia de la figura de Avellaneda frente a la de su modelo. El loco cervantino tiene, como he dicho, una locura coherente, una visión del mundo compleja, en muchos sentidos sensata y amplia, viva y ordenada a sus obsesiones que tienen su

justificación. Una vez que ha elegido su identidad caballeresca la mantiene y la cultiva, la adapta y la moldea en una asunción auténtica de su papel. El loco de Avellaneda, en cambio, es simplemente un demente sin visión del mundo, ni conciencia de misión alguna: por tanto no puede evolucionar ni adaptarse en los enfrentamientos con el entorno. La conducta del Quijote apócrifo no se integra conflictivamente en el mundo que le rodea: vive aparte, en una incoherente atmósfera de locura vulgar: así puede creerse en diversas ocasiones Don Fernando el Católico, Aquiles, el Cid, Fernán González... Ni siquiera sabe quién es... El don Quijote cervantino solo muestra una indeterminación parecida en su primera salida. Se recordará que cuando lo recoge su vecino Pedro Alonso, maltrecho después de la paliza que le da el mozo de mulas de los mercaderes toledanos, Don Quijote se cree Valdovinos o el moro Abencerraje, en una fluctuación de personalidades que no se repetirá más en la novela. Es posible que este detalle confirme la sugerencia de Menéndez Pidal y otros críticos de que en su inicial concepción el Quijote podría haber sido una especie de novela ejemplar corta inspirada en el Entremés de los romances, cuyo protagonista es el labrador Bartolo, enloquecido por los romances, que sale de su casa decidido a imitar las hazañas de los héroes del romancero, hasta que un zagal lo apalea y regresa maltrecho a su casa, creyendo que lo auxilia el marqués de Mantua, igual que le pasa a don Quijote en este regreso a casa tras su primera salida. Pero Cervantes pronto supera ese estadio y construirá a su protagonista con una maravillosa densidad.

Todos somos locos

Un refrán que el maestro Gonzalo Correas recoge en su Vocabulario de refranes dice "Todos somos locos, los unos de los otros". Aspecto importante en la locura de don Quijote, y que puede arrojar algo de claridad sobre el pensamiento de Cervantes acerca de esta cuestión es el modo en que los demás personajes reaccionan ante el loco hidalgo. Hay dos reacciones fundamentales: en primer lugar están los que intentan divertirse con el caballero andante, al que toman como bufón y al que hacen objeto de burlas diversas. Baste el ejemplo de los Duques, de los que comenta el narrador que al final parecen más mentecatos que el caballero, pues se obstinan sin misericordia en hacerle objeto de tantas burlas y necedades. En segundo lugar están los que ponen cara de sensatos y pretenden volver a don Quijote por el buen camino, empezando por sus vecinos el cura, el barbero y el bachiller Sansón Carrasco. Pero no siempre estos sensatos saben de qué hablan. El caso más llamativo es quizá el del clérigo de los duques que tan desabridamente reprende en público a don Quijote:

alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volveos a vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento y dando que reír a cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde, nora tal, habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan?

Pero buena respuesta se lleva:

Las reprehensiones santas y bien intencionadas otras circunstancias requieren y otros puntos piden: a lo menos, el haberme reprendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprehensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y no es bien que, sin tener conocimiento del pecado que se reprehende, llamar al pecador, sin más ni más, mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced: ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya a mi casa a tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo o los tengo? ¿No hay más sino a troche moche entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños, y, habiéndose criado algunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón a dar leyes a la caballería y a juzgar de los caballeros andantes? ¿Por ventura es asunto vano o es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad...

Bien respondido está y no hace falta decir más. La locura de don Quijote parece, en cierto modo, un espejo que denuncia las locuras encubiertas de otros personajes. En ese conflicto de perspectivas la tontería quijotesca puede revelarse como una verdad más profunda, justa y bondadosa, que las sensateces superficiales de los otros que se creen con derecho a burlarse o a reprender al esforzado caballero de los Leones.

La sensatez de Sancho y su locura

Es un lugar común confrontar el idealismo fantástico y loco de don Quijote con la visión realista y práctica de Sancho Panza. A Sancho los molinos le parecen molinos y las ovejas ovejas y las ventas ventas. No se olvida del provecho material y reclama los pollinos y el salario prometidos por su amo. Tiene buen cuidado con sus alforjas, que al menos no le falte su pedazo de queso y de pan y su bota de vino. Parece, pues, un aldeano sensato y con los pies bien en la tierra, no como el loco de su señor. Pero su sensatez no es solo la ramplona del estómago. Bien muestra su admirable discreción en los juicios que resuelve durante su gobernaduría de la ínsula Barataria, y sobre todo en su abandono del poder gobernadoresco, conociendo que no está hecho para esos menesteres. Si don Quijote afirmaba "Yo sé quién soy", también Sancho sabe —muestra definitiva de sabiduría— muy bien quién es él:

Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad: dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido

Quizá Sancho sea otro héroe, tanto más heroico cuanto menos blasona de caballerías ni hazañas. Más quijotismo prueba, dice Unamuno otra vez, seguir a un loco un cuerdo que

seguir el loco sus propias locuras. Sirve fielmente a don Quijote y con él va en busca de aventuras peligrosas sin echarse atrás a pesar del miedo que a veces le domina. Defiende a su amo ante los enemigos y calumniadores. Sancho no traiciona, aunque dude alguna vez. ¿Qué más heroísmo y locura idealista cabe pedir a este campesino metido a escudero andante de un botarate como su amo, que piensa que puede enderezar el malhadado mundo de los hombres?

Dos locos heroicos

El mayor heroísmo de don Quijote y Sancho no se muestra, sin embargo, en las maravillosas aventuras de los gigantes o molinos de vientos, ni en los ejércitos o rebaños de ovejas, o de los barcos encantados y los Clavileños voladores... Se muestra en su sufrimiento de los políticamente correctos que les quieren volver al buen camino, sacándolos de sus peregrinaciones para reducirlos a la vida de la masa: el ama, la sobrina, Sansón Carrasco, clérigos y barberos... "Válame Dios —le dice su sobrina—, que vuestra merced dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé a entender que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado, y, sobre todo, que es caballero, no lo siendo... Pero, ¿quién le mete a vuestra merced, señor tío, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa y no irse por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados"... Y nada menos que don Quijote ha de soportar que "una rapaza que apenas sabe menear doce palillos de randas" se atreva a poner lengua y a censurar las historias de los caballeros andantes, y a aconsejarle sensatez al enamorado de Dulcinea. ¡Claro! Es que don Quijote es ya viejo: debería estar jubilado. Y don Quijote, que será loco, pero héroe sin mancilla, celoso de su libertad, se sulfura: "Por el Dios que me sustenta —dijo don Quijote—, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo". Y Sancho está de acuerdo. Sancho no quiere a don Quijote retirado, porque hay mucho que hacer, y lo primero cumplir su destino de hombres, esto es, libres, y apaleados y manteados y molidos y asendereados, no quieren encerrarse a ver pasar las iniquidades del mundo, o lo que es peor, a cerrar los ojos para no verlas. Quieren cabalgar a sus aventuras en Rocinante y el rucio compañero. Sansón Carrasco creyó vencer a don Quijote y el mismo caballero creyó morir en su cama, curado de locuras: "Señores —dijo don Quijote—, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño: yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno". Pero estaban los dos equivocados. Pues es condición propia de los héroes resistir con tesón y ser inmortales. La locura de don Quijote es verdaderamente —como quería Unamuno— un impulso de vida: significativamente, al recobrar la cordura muere, a pesar de las incitaciones de Sancho, que considera el morirse como la peor de las locuras. "No se muera vuestra merced, señor mío —le dice Sancho—, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía".

Eternidad de don Quijote

Y don Quijote no se muere. Ni Sancho Panza tampoco: ahí siguen trotando por los caminos, siempre apaleados, sí, pero más vivos que nadie, y sin ninguna intención de meterse en un asilo, a pesar de todos los arrieros y galeotes, duques necios y amas, y clérigos y barberos y entrometidas sobrinas y bachilleres del mundo: lo dijo en versos admirables el maestro Rubén Darío en su *Letanía de nuestro señor don Quijote*:

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias,
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...
Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión:
que nadie ha podido vencer todavía,
con la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón...

Que así sea.